

La memoria domesticada.

Cómo España, Francia e Italia reescribieron su pasado.

1. La última vez que gritaron "Franco".

El 1 de octubre de 1975, una multitud se concentró en la Plaza de Oriente de Madrid. Franco, anciano y con la salud deteriorada, salió al balcón del Palacio Real. La muchedumbre, organizada por el régimen y con empleados públicos que recibieron el día libre, coreó su nombre: "¡Franco, Franco, Franco!". Las cifras oficiales hablaron de un millón de personas y los medios independientes de 200.000. En cualquier caso, fue una demostración de apoyo masivo a la dictadura en su recta final.

Esa escena no es grata para la memoria oficial de España porque la transición se construyó sobre el relato de un pueblo que había resistido a Franco y que, al morir el dictador, abrazó la democracia con entusiasmo. Pero la Plaza de Oriente muestra que una parte significativa de la población no solo aceptó el régimen, sino que lo celebró hasta el final. Ese pasado no encaja en el relato y, cuando un hecho no encaja, se borra.

No es un fenómeno exclusivamente español. Francia construyó el mito de la Resistencia para ocultar la colaboración de Vichy. Italia, cuna del fascismo, prefirió olvidar el consenso que sostuvo a Mussolini. Los tres países comparten una misma operación, la de convertir la historia en un relato edificante, donde el mal siempre viene de fuera y el pueblo es víctima o héroe, pero nunca cómplice.

2. España, la transición como amnesia.

La transición española fue un pacto de silencio. La Ley de Amnistía de 1977 no solo liberó a los presos políticos, también borró los crímenes del franquismo. No hubo juicios, ni depuración de responsabilidades, ni reparación para las víctimas. La dictadura no fue derrotada, fue negociada. Y el precio de la negociación fue la memoria.

Ese pacto funcionó durante décadas. La generación que vivió la guerra y la posguerra prefirió callar. Los historiadores que investigaban el franquismo fueron marginados. En los libros de texto, la dictadura aparecía como un paréntesis, no como un sistema de terror. El resultado es que hoy, según el CIS, más de cincuenta años después de la muerte de Franco, el 20% de los jóvenes españoles de entre 18 y 24 años considera que la dictadura fue "buena o muy buena".

La Ley de Memoria Democrática de 2022 intentó corregir esa amnesia, pero su aplicación ha sido desigual. La memoria democrática sigue sin tener una presencia efectiva en el sistema educativo y el debate público sobre el franquismo continúa siendo un campo de batalla político, donde la derecha acusa al gobierno de "fabricar votantes" y la izquierda no se atreve a ir más allá de gestos simbólicos.

3. Francia, el mito de la Resistencia.

Francia construyó su relato de posguerra sobre una mentira piadosa: que la mayoría de los franceses había resistido a los nazis y que Vichy era una minoría de traidores. Charles de Gaulle, desde Londres, alimentó ese mito porque necesitaba rehabilitar la imagen del país. La Francia que se había rendido en 1940 en seis semanas no podía presentarse ante el mundo como una nación de colaboracionistas.

La realidad fue más compleja. El régimen de Vichy, presidido por el mariscal Pétain, colaboró activamente con los nazis. La policía francesa detuvo y deportó a decenas de miles de judíos. La Milice, una organización paramilitar francesa, combatió junto a la Gestapo contra la Resistencia. La colaboración no fue cosa de unos pocos, fue una política de Estado.

El mito comenzó a resquebrajarse en los años setenta. La película *El dolor y la piedad* (1971) mostró la ambigüedad de la Francia ocupada. El historiador estadounidense Robert Paxton demostró en 1972 que Vichy no había sido una marioneta de los nazis, sino un régimen con proyecto propio. Investigaciones posteriores, como las de John Sweets, revelaron que la población francesa no era ni mayoritariamente resistente ni colaboracionista, era compleja y contradictoria, como todas.

Pero el mito sigue vivo en el imaginario colectivo. Cada año, el 18 de junio, se conmemora el llamamiento de De Gaulle sin mencionar que la mayoría de los franceses no lo escuchó. Cada año, se honra a los resistentes sin recordar que la Resistencia no fue una reacción espontánea del pueblo, sino una minoría valiente que luchó contra la indiferencia de sus compatriotas.

4. Italia, la república fundada sobre el olvido.

Italia tiene el problema más grave de los tres. Fue la cuna del fascismo. Mussolini gobernó veinte años con un consenso que los historiadores han documentado. El régimen fascista gozó de su nivel más amplio de consentimiento entre 1929 y 1934, incluso durante la Gran Depresión, atrayendo un amplio apoyo entre las clases trabajadoras. No fue solo represión, fue seducción. El fascismo ofreció a los italianos un proyecto de nación, un sentido de pertenencia y una identidad.

Después de la guerra, Italia prefirió olvidar. La Resistencia, que fue real y valiente, se convirtió en el mito fundacional de la República. El fascismo se presentó como una anomalía, un paréntesis, algo que había pasado sin que nadie lo viera venir. La amnistía de 1946 liberó a miles de fascistas. Los funcionarios del régimen continuaron en sus puestos. El partido neofascista, el MSI, se fundó en 1946 y participó en el gobierno en los años noventa.

El resultado es una memoria esquizofrénica. Por un lado, Italia condena oficialmente el fascismo y, por otro, sigue habiendo calles con el nombre de Mussolini, monumentos que glorifican a los caídos de la República de Saló y un partido heredero del fascismo, Hermanos de Italia, que gobierna el país. La memoria no se ha reconciliado con la historia, se ha acomodado a la conveniencia política.

5. El negocio de la memoria.

La domesticación del pasado no es solo una operación política, también es un negocio que explota los museos de la memoria y las rutas turísticas de la dictadura.

En América Latina, los estudios sobre la economía política de la memoria han documentado cómo los itinerarios turísticos incluyen lugares y museos, generando un mercado que comercializa, trivializa o despolitiza el pasado.

En España, el Valle de Cuelgamuros (antiguo Valle de los Caídos) es el ejemplo más claro. El monumento, construido por presos republicanos y presidido por la tumba de Franco hasta 2019, sigue siendo un lugar de peregrinación para nostálgicos del régimen.

La exhumación de Franco fue un paso simbólico, pero el monumento sigue en pie y su resignificación como lugar de memoria democrática avanza con lentitud. Mientras tanto, el turismo de memoria atrae a visitantes que buscan emociones fuertes, no conocimiento histórico.

El riesgo es evidente. Cuando la memoria se convierte en mercancía, pierde su capacidad de incomodar. Se transforma en espectáculo, en entretenimiento y en un producto más.

6. La fabricación del consenso.

La domesticación de la memoria se consigue a través de un trabajo lento y silencioso que incluye libros de texto, medios de comunicación, conmemoraciones oficiales, películas y series.

En España, la correa de transmisión que difunde el revisionismo franquista entre los jóvenes incluye determinados medios de comunicación, redes sociales y la derecha radical, según los expertos. Se utilizan memes, música o vídeos manipulados en un fenómeno que se conoce como pop fascismo.

En Francia, el mito gaullista se transmitió durante décadas a través de la escuela y el cine. En Italia, la televisión de Berlusconi contribuyó a blanquear la figura de Mussolini. En los tres países, el resultado es el mismo: una memoria oficial que no se corresponde con la historia y una población que desconoce su propio pasado.

7. La resistencia de los historiadores.

Frente a la domesticación, hay historiadores que resisten. En Francia, Robert Paxton y John Sweets desmontaron el mito de la Resistencia. En Italia, Renzo de Felice documentó el consenso popular con el fascismo, aunque su obra fue utilizada políticamente por la derecha. En España, los historiadores de la memoria han excavado fosas, recuperado testimonios y documentado la represión.

Pero su trabajo no basta. La historia no se escribe solo en las universidades, se escribe también en los medios, en las escuelas y en el espacio público. Y ahí, la batalla está perdida. Los historiadores pueden documentar la verdad, pero no pueden competir con la maquinaria de fabricación de consenso.

8. La memoria como tarea pendiente.

España, Francia e Italia comparten una misma deuda, la de reconciliarse con su pasado sin mentir. No se trata de flagelarse ni de pedir perdón eternamente. Se trata de reconocer que la historia fue compleja, que hubo héroes y cómplices, víctimas y verdugos, resistentes y colaboracionistas. Se trata de dejar de construir relatos edificantes que ocultan la verdad.

Esa tarea es política y también cultural. Porque una sociedad que no conoce su historia está condenada a repetirla y una sociedad que la conoce a medias está condenada a vivir en la mentira.